

# LAS EMOCIONES DE UN AUTISTA ADULTO A TRAVES DE SUS NUMEROSOS MENSAJES ESCRITOS

LUIGI RIMA  
(Clínico Psicólogo)

PIERA TOSCHI  
(Neuropsiquiatra I.)

## INTRODUCCION

En el ámbito del autismo, nos encontramos a veces con sujetos, ya adultos, que continúan teniendo comportamientos infantiles y graves dificultades para relacionarse, aunque, en algunas áreas, parecen genios. Por ejemplo, como en el caso que aquí presentamos, uno de ellos, a quien pedimos que precisara a qué día de la semana correspondía una fecha determinada de este siglo, respondió con exactitud en unos segundos. Además, este mismo sujeto es extraordinario también en otros ámbitos como el dibujo tridimensional (desde su infancia), la memorización de canciones modernas, la meteorología e ... incluso los zapatos de mujer.

Hasta ahora, la psicología evolutiva no ha podido conseguir explicar esta coexistencia de infantilismo e indiferencia social por un lado y, por otro, de destrezas nada comunes y, de cualquier forma, curiosas. En los autistas, el hemisferio derecho (hemisferio óptico) parece prevalecer sobre el hemisferio izquierdo, especializado en el lenguaje: esto podría explicar las habilidades mnemónicas y eidéticas de algunos autistas (incluso con autismo severo).

En nuestro caso, preferimos preguntarnos en qué punto un autista adquiere tales conocimientos; para concluir con la idea de que si los autistas aprenden —sin ayudas exteriores— casi sólo lo que no tiene relación con su comportamiento social, se debe a razones de seguridad interior: esquemas mentales muy determinados (se sabe que los

modelos científicos son la antítesis del caos) y constantemente revisados dan seguridad a la persona autista en su búsqueda desesperada de orden y regularidad.

## INTRODUCCION AL CASO DE «ANDRE»

Seguimos a André desde que tenía tres años y diez meses (nació el 23/12/68): un niño rubio y guapo, de ojos claros, pero con la mirada ausente, perdida en el vacío, indiferente a los estímulos y a las llamadas. Ya no habló desde que tenía alrededor de un año. Las primeras palabras que pronunció en la habitación de observación fueron: «No se tira las pelotas», «No se escupe, malo». Se trataba de prohibiciones interiorizadas, repetidas en ecolalia retrasada como una cantinela.

Presentaba grandes problemas en la alimentación: sólo comía lo que le gustaba y cuando quería. Al acostarse, no quería desnudarse y tampoco se quitaba los zapatos. No miraba a los ojos a su madre ni a sus hermanas (tiene tres hermanas mayores); a veces se dirigía a su padre si quería algo.

Tenía tendencia a automutilarse: golpeaba los cristales con la cabeza y los rompía; se pegaba en la mano. Sólo había gritos y rabietas inconsolables.

Intervenciones intensivas, terapéuticas y educativas, adaptadas a él, permitieron una mejora lenta y continua. Se llegó a establecer una relación con él. Conseguimos que nos mirase a los ojos; le arrancamos una sonrisa; participamos en sus juegos; e, incluso, dijo algunas palabras. La característica de A. era inventar palabras nuevas sintéticas: MAMPA = mamá y papá; PUMPI = los padres en coche; PEME = la terapeuta que le sirve de padre y de madre; GINGI = el disco del cuento del «Patito feo»...

En junio de 1980 (entre los 11 y 12 años), A. terminó la escuela primaria: hablaba, escribía, leía, se comunicaba, conseguía quedarse con los otros niños. Esta evolución tan positiva fue posible porque, a medida que A. aprendía a conocer el mundo que le rodeaba, se daba cuenta también de cuántas atenciones le rodeaban, atenciones de sus padres, de sus hermanas, de sus tías y tíos y de otros padres. Esta atmósfera familiar tan propicia no faltó jamás aunque durante la adolescencia, la fase evolutiva más vulnerable, aparecieron manifestaciones obsesivas y numerosos cambios desfavorables.

A partir de 1982, en menos de diez años, la familia cambió tres veces de residencia y A. pasó de una estructura escolar a otra y probó varios centros de educación. No obstante, hemos estado siempre en contacto con él, porque nos pusimos de acuerdo con la familia para

que A. continuara viendo a la Psicoterapeuta y al Psicólogo todos los sábados. La Terapeuta sugirió a A. que escribiera al Psicólogo contándole sus problemas. De esta forma, empezó una rica correspondencia acompañada por otros escritos y por dibujos.

Hasta ahora, entre cartas y otros escritos, hemos recopilado, en más de diez años, 225 sin contar más de una centena de dibujos, de los cuales muchos expresan sus diferentes emociones, y además un número indeterminado de cartas a destinatarios diferentes.

La mayoría de estas cartas están motivadas por el miedo que nace cuando finaliza una relación de amistad que considera muy importante.

Algunas veces, el motivo es desahogarse contra las personas (padres y asistentes) que, según él, le han tratado de forma autoritaria y airada: entonces la reacción de A. puede manifestarse bajo la forma de comportamientos auto o hetero-agresivos o bien bajo la forma de rechazo a esa persona a la que no dirigirá más la palabra y a la que no mirará más a los ojos con la esperanza de que se dé cuenta de su error y cambie de sistema.

Más escasos son los momentos felices que recuerda o programa: en estos casos A. termina siempre con una celebración prevista: una excelente «cenita».

Su sensibilidad en relación a las condiciones climáticas es sorprendente: memoriza las temperaturas mínimas y máximas de diferentes lugares y de varios años; todos los días lee las previsiones del tiempo en los periódicos; no quiere oír hablar de la estación que no le gusta. En resumen, busca tener bajo control incluso una situación tan cambiante como lo son las manifestaciones atmosféricas.

Sin embargo, para no tener una imagen parcial o imprecisa de A., hay que recordar que aunque en las cartas que citaremos A. habla principalmente de lo que le produce sufrimiento o preocupación, en realidad lleva una vida muy rica, llena de intereses positivos tanto en lo que respecta a actividades manuales en los talleres de la madera y del cuero y en trabajos agrícolas (viña, olivo...), como en lo relacionado con otros sectores más o menos singulares que ya hemos citado al principio.

Veamos algunos testimonios directos de la estrechez de su horizonte, más agitado que sereno.

## TESTIMONIOS DIRECTOS SELECCIONADOS

Las emociones más durables y más intensas que A. experimenta son debidas al miedo de perder el apoyo de personas como padres, personas de la familia, Psicólogo, Psicoterapeuta, asistentes, a los que

se siente unido para siempre. Por eso, en casi todas las cartas —incluso en las que se queja del destinatario y le critica enseñándole cómo debe comportarse para que no le haga daño— el principio es siempre el mismo «te quiero mucho». Algunas veces, A. usa formas más fuertes: «te quiero extraordinariamente», «nunca te dejaré», «no me dejes nunca», «amigos para toda la vida», «amigos mientras vivamos»... Estas variaciones son propias de una personalidad herida precozmente, desde que —como niño autista, pero muy intuitivo como cualquier niño— se dió cuenta de que no era amable, se sintió culpable de existir, porque nadie había intentado hacerle comprender que no era malo, sino guapo, listo y capaz de hacer cosas bonitas.

La soledad autista de la primera infancia había cedido poco a poco ante las intervenciones orientadas, organizadas, con la colaboración de la Familia, del Centro que le acogía durante mucho tiempo (desde que tenía tres años y medio).

Tenemos pocas cartas en las que A. habla de sus padres y además lo hace con expresiones muy sobrias. Emerge de manera impresionante la dificultad de mantener relaciones positivas al mismo tiempo con su padre y su madre. Describe: «A. ha tratado mal a su madre porque quiere más a su padre» (1/95). «Tratar mal» en este caso quería decir que A. había agredido a su madre, le había hecho caer y le había obligado a encerrarse en la cocina. Después ya no le dirigió la palabra durante más de dos años (de 1991 a 1993). En 1992 escribe: «Vas a ver que voy a hacer las paces con mamá», pero dejó pasar un año más antes de hacerlo. Las razones de este comportamiento parecen insignificantes: A. quiere ir a pasear a la galería que hay debajo de su casa y su madre no debe intervenir: «es mejor que mamá no se inmiscuya (en relación a sus salidas). De ello se ocupan papá y mi hermana» (C. 240).

Son dos años difíciles para A. durante los que ya no se comunica con su madre; dos años de regresión autista, como si su madre no existiera. La madre había sido sustituida por las formas obsesivas para conservarla bajo su control tiránico: su Madre le da miedo, no quiere verla porque le había impuesto prohibiciones que él había memorizado.

Algunos años antes se había comportado del mismo modo con su padre: «He agredido a Papá. ¡Le he dado tortas y puñetazos! y he gritado por la ventana: portero, ven a calmarlo; le he dicho que quería que se comprase la «giulietta»<sup>1</sup> porque, cuando tenía este coche, Papá era mejor» (C.86). En la actualidad, después de haberse reconciliado con su madre, A. está de nuevo en crisis con su padre: no lo mira,

---

<sup>1</sup> (N. del T.). En italiano en el original.

no lo escucha, va en coche con él y, si necesita algo, se lo pide. Pero cuando el padre le invita a estrecharle la mano, A. lo hace dándole la espalda.

¿Cuáles son las razones? Así es como A. se desahoga con el Psicólogo: «Ayuda a Papá a que bese a A. cuando hace cuatro días que Papá no lo ha visto. Enséñale a no decir «basta» y tampoco «¡qué pesado eres!»... A. siente la necesidad de no hablar con su padre durante siete meses (C.295). «Convence a Papá para que se calme y diga a A.: ven a mi lado, cálmate, porque él está nervioso y quiere ver la tele» (C.265). «Dile que A. bajará a la galería siempre que quiera, incluso después de cenar, al menos durante una hora, sin pedir permiso a nadie en el caso de que mis hermanas no estén» (C.274). Es decir, su independencia es patológica, porque le limita el espacio necesario para la comunicación. Este hecho de hablar o escribir de ello no le libera de su comportamiento autista; lo cierto es que le deprime más pues declara a la Psicoterapeuta con melancolía: «No consigo nada».

En esta queja, podríamos ver la respuesta pesimista a una pregunta que hizo a su madre en 1987: «¿por qué nacemos? ¿por qué vivimos?». Su madre, sorprendida, no supo qué responderle. Lo que acentuó más el peligro de sus frecuentes crisis fue, hace dos años, la muerte de su tío Arthur, al que echaba de menos a menudo, sobre todo porque sabía decirle la frase mágica: «ven a mi lado, cálmate. Te quiero mucho».

A. espera que «incluso desde lejos su tío le dijese: ven a mi lado, cálmate» como si estuviera vivo y pide al Psicólogo que diga él la fórmula del tío Arthur. Busca un sucesor de su tío incluso entre otros padres, pero su creciente insatisfacción le lleva a desear que su tío «resucite dentro de tres o cuatro días, precisamente el 16/12/94. Y mientras él reaparece y se dirige a un monte debe decir a los jóvenes del Centro (donde A. se encuentra en este momento): ven a mi lado, cálmate». Y si resucita —escribe— bajará del cielo y se sentará a la derecha de su padre Moreno (cartas 296 y 276). Además, A. se atreve a escribir a su tío al cementerio donde está enterrado y también escribe el Alcalde de Florencia, al que invita a presenciar la resurrección de su tío el día y a la hora que A. ha fijado (C.285).

Para nosotros, estas iniciativas y estas reflexiones parecen paradójicas y alucinantes. Por el contrario, para A. surgen del fondo de su hambre y de su sed de amistad y de seguridad. En este caso y en otros parecidos, A. se pone a intercalar «si Dios quiere» aprendido durante una conversación y lo completa así: «si Dios quiere... y Dios querrá», porque, según la lógica afectiva de A., es imposible que Dios no quiera algo que para A. es más necesario y urgente que el aire que respira. En sus pretensiones hay mucho egocentrismo, infan-

tilismo, omnipotencia y confusión. En una carta llega, incluso, a afirmar: «Prometo hacer siempre lo que me gusta». Sin embargo, en sus pretensiones hay también el impulso de buscar ayuda para no quedarse bloqueado y desesperado en el miedo de la soledad autista.

En casi todos los mensajes dirigidos al Psicólogo (más de 200), A. proclama que está en perfecta armonía con él, hasta el punto de definirlo varias veces «un segundo padre» (C. 121 y 147): «A. quiere verte y considerarte como un segundo padre y ser tu amigo para toda la vida». Por ello, cuando su segundo padre corre el riesgo de desaparecer de su horizonte debido a desplazamientos o a enfermedades, A. no se resigna: busca una solución, escribe sobre esto casi setenta cartas, llama por teléfono día y noche, aconseja terapias, propone para esas tareas específicas a otras personas que pueden ser elegidas en lugar del Psicólogo que debe estar siempre a disposición de A.

No tendría sentido citar más tiempo escritos que repiten siempre las mismas palabras. Veamos una información nueva: «Querido Psicólogo, te quiero mucho. No nos abandones. Si Dios quiere, y no tengo ninguna duda sobre esto. Te doy diez días. André está contento porque Dios querrá» (C.317). Y con respecto a la salud escribe: « Si hace mucho frío, te pones un sombrero que te tape las orejas con una bufanda alrededor del cuello, así tendrás calor para venir a nuestra casa» (C. 198). Por fin un consejo original : «todas las noches y todas las mañanas, debes poner la cara sobre una cacerola de agua hirviendo, y harás mucha gimnasia con la cara en octubre y en noviembre» (se trataba de cuidar una paresia facial debida al frío).

Por supuesto, para A., un apego tan profundo va acompañado de exigencias notables. Cada vez que el Psicólogo le decepciona porque, por ejemplo, le dice «basta» en lugar de «para» o «ciérrala», esto le traumatiza con más o menos gravedad.

En los casos menos graves, pero todos increíblemente memorizados, escribe para aconsejar cambios de estilo. En una carta de los años 80 (C. 140), entre los diferentes acontecimientos, en los que se incluyen algunos agradables pero recordados en su conjunto, se acuerda de los lugares y del día en los que la relación era un poco tensa, de 1973 a 1983. Como hacía con su pasado, A. recuerda sobre todo los episodios negativos. No es sorprendente que su sensibilidad sea tan susceptible para que incluso una palabra le haga sospechar un cambio que supone un peligro de abandono. Y no se calma mientras la paz no se restablezca. Entonces con su estilo habitual concluye: «Seamos amigos para toda la vida, si Dios quiere y Dios querrá».

En los casos más graves, cuando se siente vulnerable por intervenciones que le desorientan (voz irritada, palabras autoritarias, ...), A. reacciona con crisis de pánico impresionantes acompañadas de automutilaciones, y, una vez que ha pasado la crisis, envía mensajes

frecuentes, uno tras otro, para recuperar la esperanza de que «la amistad continúa» (C. 14).

El hecho de que se sienta trastornado por este tipo de incidentes se revela con expresiones así: «Prometo que me pondré de acuerdo contigo... no me gustaría verte enfadado. Te envió muchos besos sonoros» (C. 145). «Te prometo que no lloraré por esas tonterías, pero mi querido Psicólogo, ten paciencia con A. y sé muy bueno» (C.154). «Quiero hacer las paces... pero no te enfades: no regañes tan fuerte a A. No consigues nada. Te lo suplico, paciencia...» (Cartas 158-243-137). Algunas de estas modulaciones humildes y suplicantes pueden compararse a las que un joven de la misma edad (Birger Sellin) ha publicado recientemente con ayuda de la «comunicación asistida»: «Hago tonterías de nuevo, más que de costumbre y ni yo mismo sé por qué una voluntad implacable fracasa...»

«No soy capaz de controlarme. Todos los del Centro están detrás de mí y no hacen más que regañarme. Soy una catástrofe...». «No soporto que hagan sobre mí reflexiones tan estúpidas... que malo soy... Esta rabia me pone furioso. Prefiero estar muerto, no se puede soportar una vida con este sufrimiento. Odio a todos los seres humanos» (P. 42 y 44). «Tengo tantas ganas de ser de nuevo acogido en la amable sociedad humana de forma diferente que en las instituciones» (P. 71). En A. hay comportamientos análogos incluso con los asistentes de la Comunidad a los que visita en la actualidad. Pero aquí A. no cuenta sólo que ha golpeado la pared con la cabeza porque un asistente le había dicho: «¡vamos!» en vez de «¡anda!». Parece que se divierte contando algunas conversaciones en las que protesta porque no le han explicado las razones por las que debe comportarse de una determinada manera y se consuela —o se venga— dibujando seis asistentes antipáticos, el uno al lado del otro, y debajo cinco simpáticos.

No queremos rebasar los límites impuestos por este informe pero, al menos, queremos subrayar que tanto para nosotros como para especialistas como Jung, Bion, Benedetti, Scarles, la comunicación a través de la imagen nos permite trabajar con este profundo núcleo creativo de la propia persona que se conserva indemne a pesar del proceso esquizofrénico.

Los dibujos de A. (cientos) no sólo contienen una intencionalidad comunicativa, sino que permiten establecer un proyecto terapéutico inconsciente presente a la vez en el paciente y en el terapeuta (Cuadernos ASP - Dic. 95 p. 63/86).

A. recuerda también en sus escritos los numerosos momentos felices de sus relaciones con el Psicólogo y la Psicoterapeuta (meriendas, cenitas, lo que él llama «¡pequeña - todo - terapia!», viajes...). Pero estos recuerdos le sirven sólo de marco para contar circunstancias más difíciles.

*Para concluir*, el aspecto prácticamente más interesante e importante del mundo de A. nos parece que es su aspiración total a la concordia, a la paz.

Todos esperamos que la investigación científica consiga rápido un milagro en el conocimiento del síndrome del autismo y que se propongan tratamientos más adecuados y más eficaces para liberar a este núcleo de la humanidad bastante amplio (cuatro niños autistas de 10.000 nacimientos, de promedio) de angustias terriblemente oprimientes.

Pero, entretanto, la propia humanidad, frente a cualquier enfermo o a cualquier disminuido mental que no esté marginado en nombre del bienestar y del progreso, puede beneficiarse, pues va a descubrir valores humanos como el respeto al prójimo y la verdadera aplicación de ideales como la igualdad y la fraternidad.

Por nuestra parte, estamos convencidos que haber incitado a A. a escribir y a dibujar sus dificultades, le ha ayudado no sólo a comunicar su estado emocional con los sufrimientos provocados por su sensibilidad y su vulnerabilidad, sino también a liberarse de gran parte de sufrimientos en períodos de tiempo relativamente cortos.

La prueba parece ser que A., frente a las dificultades más graves, recurrió varias veces e inmediatamente a la escritura y al dibujo.

Además, la lectura de sus escritos y el análisis de sus dibujos han sido para nosotros de gran utilidad para comprender, contener y consolar a los sujetos autistas que, al no disponer de lenguaje y estar imposibilitados para comunicar sus sufrimientos están obligados a gritar desesperadamente para atraer nuestra atención sobre ellos.

Después de esta experiencia y de otras parecidas entre los autistas realizadas desde hace más de treinta años, nos parece justo y natural terminar acelerando el ritmo de nuestro servicio voluntario de modo que los que como A. navegan cotidianamente en un mar agitado de angustias insuperables puedan sentir cerca de ellos a alguien a quien aferrarse y lleguen a entender que incluso su vida tiene sentido, tanto desde el punto de vista individual como dentro de una sociedad más humana.

## BIBLIOGRAFIA

TOSCHI, P.; RIMA, L.: *Autobiographie d'un adolescent affecté de mutisme électif*. Viena 1975.

TINCOLINI, V.; TOSCHI, P.; RIMA, L.: *Identification et autism*. Viena 1975.

CANNAO, M.; MORETTI, G.: *Il grave handicappata mentale*. Roma 1982.

VANIER, J.: *La persona handicappata nella società*. Padua 1984.



- TUSTIN F.: *Barriere autistiche*. Roma 1986.
- SCHOPLER, E.; REICHLER, R.J.; LAUSING, M.: *Strategie educative nell'autismo*. Milan 1991.
- SHERRI DALPHONSE: *Il vero volto di Rain Main da 'SELEZIONE'*. Abril 1993.
- CAVICCHIOLI, C.: Stephen «l'idiota». Un genio en 'Fam. Crist. n° 34, 1993.
- KLONOVSKY, M.: «Io annego nella solitudine» en 'Psic. Cont.'. Sett./Ott. 1993.
- MILCENT, C.: *A tu per tu con l'autismo*. Florencia 1993.
- AUSSILLOUX, C., y LIVOIR, M.F.: *L'autisme cinquante ans après Kanner*. Limoge 1994.
- TREHIN CHANTAL: *Les autistes de Haut- Niveau et leurs écrits*. 'LINF' n° 14, 1994.
- VAN DALEN J. G. T. - *L'autisme vu de l'intérieur*. 'LINK' n° 17, 1995.
- SELLIN BIRGER: *Prigioniero di me stesso*. Viaggio dentro l'autismo.

